

SAN JORGE, MÁRTIR

DÍA 23 DE ABRIL

Por P. Juan Croisset, S.J.

San Jorge, uno de los más célebres mártires de la Iglesia, á quien los griegos llaman por excelencia *el gran mártir*, nació en Capadocia, de familia ilustre y distinguida por su nobleza, pero más señalada por el celo con que profesaba y defendía la verdadera religión. Su calidad y distinción le precisaron á seguir la profesión de las armas; y como era un joven de los más bien dispuestos, más valientes y más cultivados de todo el ejército, ganó en poco tiempo la gracia del emperador Diocleciano, quien le dio una compañía y le hizo su maestre de campo. Acreditó el acierto de esta elección el valor, la prudencia y toda la conducta de su porte en una edad tan poco avanzada. Y descubriendo cada día el Emperador más y más las prendas, los fondos y el extraordinario mérito del nuevo oficial, pensaba elevarle á los primeros cargos, colmándole de favores, cuando comenzó á descubrirse la tempestad que desde algunos años antes se iba fraguando contra los cristianos, y desde los primeros anuncios se comenzó á temer que al cabo inundaría en sangre de mártires á toda la Iglesia de Dios.

Desde entonces, aunque Jorge tenía solos veinte años, se consideró como víctima destinada al sacrificio, y se dispuso para él con el ejercicio de las más heroicas virtudes. Como tenía el grado de oficial general, era del Consejo del Emperador, y conoció que esto le obligaría á declararse de los primeros, dando pruebas de su fe, y no disimulando su religión. Hizo sacrificio de sus bienes antes de llegar el caso de hacer el de su vida. Y,

hallándose heredero de una rica sucesión por muerte de su madre, la repartió toda entre los pobres; vendió sus preciosos muebles, sus ricos vestidos, y distribuyó el precio entre los fieles, que al primer ruido de la persecución se habían esparcido aquí y allí, dando libertad á sus esclavos.

Despojado ya de todo, entró, por decirlo así, en la lid, y se fue á la sala del Consejo. Habiendo propuesto el Emperador el impío y cruel intento de exterminar á todos los cristianos, le aplaudió toda la Junta; pero toda ella quedó extrañamente sorprendida y admirada cuando vio levantarse de su asiento á nuestro joven oficial, y con un noble despejo, pero modesto, atento y respetuoso, contradecir lo que todos habían dicho, y en pocas pero graves palabras reprender la resolución que se había tomado de perseguir á los cristianos y de exterminarlos en todo el imperio.

Era naturalmente elocuente; y como hablaba con mucha gracia, con energía y con fuego, se hizo escuchar con admiración y con respeto. Hizo demostración al Consejo de la injusticia y de la impiedad de aquella resolución; defendió con una discreta apología á los cristianos, y acabó exhortando al Emperador á que revocase unos edictos que sólo se dirigían á oprimir violentamente á la inocencia. Había ya acabado de hablar, y aun no habían vuelto de su admiración los que le oían; la viveza de su discurso, el aire religioso con que le pronunció, y su rara modestia, tenían como entredichos á los oyentes, y por algún tiempo suspendieron las pasiones de todo el Consejo. El Emperador, aún más aturdido que los otros, mandó al cónsul Magencio que respondiese á nuestro Santo. *Bien se conoce*, le dijo el cónsul, *por el desahogo con que has hablando en presencia del Emperador, que eres uno de los principales jefes de esta secta; tu confesión confirmará tu insolencia; pero nuestro augusto*

príncipe, defensor de los dioses del imperio, sabrá vengarlos de tu impiedad.—Si la impiedad ha de castigarse, respondió Jorge, *no sé yo que haya otra más abominable que la de atribuir á las criaturas, aun á aquellas que son inanimadas, los soberanos títulos y derechos propios y peculiares de la Divinidad. No puede haber más que un solo Dios verdadero: Este es aquel á quien yo sirvo y adoro. Sí, cristiano soy, y de este nombre me glorío, no aspirando á mayor dicha en esta vida que á darla derramando toda mi sangre por aquel Señor de quien la recibí.* Enfurecido el Emperador al oír este discurso, y temiendo que hiciese impresión en los ánimos de los circunstantes, mandó que al punto le cargasen de cadenas y le encerrasen en un calabozo.

Halló en él nuestro fervoroso Santo abundante materia para satisfacer el ardiente deseo que tenía de padecer por amor de Jesucristo. El primer efecto de la cólera del tirano fue mandarle atormentar con un género de suplicio nunca oído hasta aquel día. Mandó atarle á una rueda cubierta toda de agudas puntas de acero, la cual, á cada vuelta que daba, le levantaba hacia arriba pedazos de carne, y hendía en sangrientos canales aquel delicado cuerpo. Quedaron atónitos los mismos verdugos viendo la alegría del generoso mártir todo el tiempo que duró este horrible tormento; pero aun quedaron más asombrados cuando, suponiéndole ya muerto, le hallaron enteramente sano de todas sus heridas.

Convirtiéronse muchos gentiles á vista de esta milagrosa curación; pero ella misma irritó más al tirano. Como era Jorge una de las primeras víctimas que Diocleciano sacrificaba á su innata crueldad, no perdonó á especie alguna de suplicio que no emplease para vencer su magnanimidad y su constancia. Apenas se puede creer lo que refieren de sus tormentos las actas más antiguas del martirio de nuestro Santo. Todo lo que

puede inventar la más bárbara inhumanidad; todo lo que es capaz de discurrir la cólera de un tirano, y todo lo que puede sugerir la rabia y la malignidad del Infierno, todo se puso en ejecución para atormentar al invencible mártir; pero todo sirvió para confundir á los paganos y para manifestar más la gloria y el poder de Dios que adoraba Jorge. El acero, el fuego, la cal viva, de todo se valieron para combatir su resolución y su fe; pero la firmeza y aun la alegría que manifestaba en medio de los tormentos; cierto resplandor maravilloso de que se vio rodeado todo su cuerpo, tan brillante, que disipó las tinieblas del oscuro calabozo; muchos milagros que obró en beneficio de los mismos que le atormentaban, todo esto hizo triunfar la religión y convirtió á la fe á muchos infieles. De este número fueron los dos pretores Prótolo y Anatolio. En vano gritaban algunos que todo era hechicería, sortilegio, arte mágica, encantamiento; la heroica paciencia que todos observaban en él, en medio de los más crueles tormentos, y las milagrosas maravillas que obraba, hicieron titubear á los más obstinados; tanto, que el Emperador llegó á temer una conversión general en toda la ciudad, y aun se asegura que la emperatriz Alejandra se convirtió. El Emperador, viendo que eran inútiles todos los tormentos , recurrió al artificio: mudando repentinamente de tono y de conducta, mandó que le quitasen las prisiones y le condujesen á su presencia.

Luego que le vio en ella, le dijo con afectada blandura: *Jorge: no sin grande dolor mío me he visto precisado á mandar se ejecutase contigo todo el rigor de los edictos publicados contra los enemigos de mi imperial religión. No puedes ignorar la grande estimación que siempre he hecho de tu mérito; y el puesto que ocupas en mis ejércitos es buena prueba de mi bondad. El único obstáculo que puede oponerse á tu fortuna será tu obstinación: eres joven; logras toda la gracia del*

Emperador; el favor añadido al mérito te prometen los primeros cargos del imperio. ¿En qué te detienes para volver á tu obligación, y para aplacar con tus sacrificios la cólera de los dioses?

Suplicó Jorge al Emperador que le mandase conducir al templo, para ver aquellos dioses á quienes su majestad imperial quería que ofreciese sacrificio. No dudó ya Diocleciano que su suavidad y sus promesas habían finalmente vencido y triunfado del confesor de Jesucristo. Fue conducido al templo, acompañado de innumerable pueblo: apenas descubrió la estatua de Apolo, cuando la preguntó nuestro Santo: ***Dime: ¿Eres Dios?—No soy Dios,*** respondió la estatua, con voz terrible y espantosa, que estremeció á los circunstantes: ***Pues venid acá, espíritus malignos, ángeles rebeldes, condenados por el verdadero Dios al fuego eterno; ¿cómo tenéis atrevimiento para estar en mi presencia, que soy siervo de Jesucristo?*** Al decir estas palabras, acompañadas con la señal de la santa cruz, se oyeron en el templo gritos horribles, aullidos espantosos, y se vieron caer derribadas por mano invisible todas las estatuas, haciéndose pedazos contra el suelo. A vista de un espectáculo tan maravilloso, al principio quedaron todos atónitos; pero, después, los sacerdotes de los ídolos, con sus gritos y con sus lágrimas, excitaron una sedición tan general, que apenas se oían más que las descompasadas voces con que clamaba todo el pueblo, que cuanto antes se librase á la tierra de aquel monstruo.

Informado el Emperador de lo que acababa de suceder, mandó que al instante le cortasen la cabeza, lo que se ejecutó el día 23 de Abril; hacia el año de 290.

En todas las iglesias de Oriente y de Occidente ha sido siempre muy célebre la memoria de este ilustre mártir, y su culto es de los más antiguos en la Iglesia.

Asegurase que desde el fin del quinto siglo ya había altares dedicados á su nombre, y erigidos por Santa Clotilde, mujer del rey Clodoveo. Contribuyó mucho al culto de San Jorge en Francia San Germán, Obispo de París, uno de los más célebres prelados del siglo vi, cuando, con ocasión de su peregrinación al Oriente, el Emperador de Constantinopla le honró con muchas reliquias, y á su vuelta hizo edificar una capilla á honra de San Jorge en la iglesia de San Vicente, que hoy es la de San Germán de los Prados. Las otras muchas capillas y altares que en toda la Europa se han erigido con el nombre de nuestro Santo son buena prueba de la devoción que le profesan todas las demás naciones, y de la ansia con que desean todas merecer su poderoso amparo y protección. Algunas Ordenes militares toman el nombre de San Jorge, como la que fundó el emperador Federico IV, primer archiduque de Austria, en el año de 1470; y otra en la República de Genova, diferente de otras que, con el título de Caballeros de San Jorge de Alfama, se fundó por los años de 1200 en el reino de Aragón. También los ejércitos cristianos suelen ponerse bajo la protección de San Jorge. Comunmente se le pinta á caballo, armado de todas armas, con una lanza en la mano, en ademán de acometer á un dragón para defender á una doncella que teme ser despedazada á violencia de sus garras. Pero esto más es símbolo que historia, para denotar que esté ilustre mártir defendió á su provincia, representada por la doncella del fiero dragón de la idolatría.

Este glorioso Santo es patrón del reino de Aragón, Coria, Cáceres y ciudad de Lucena; es defensor del reino de Portugal y protector de varias Ordenes militares, y de la de Montesa, que le hace función en la iglesia de Montserrat de Madrid, y asiste el Consejo de las Ordenes.

La Misa es en honor de San Jorge, y la oración la siguiente:

¡Oh Dios, que nos alegras con los merecimientos y con la intercesión de tu bienaventurado mártir San Jorge! Concédenos que consigamos por tu gracia los beneficios que pedimos por su intercesión. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 2 de la segunda del apóstol San Pablo á Timoteo.

Tarísimo: Acuérdate que el Señor Jesucristo, del linaje de David, resucitó de la muerte según mi Evangelio. Por el cual yo padezco hasta las prisiones como malhechor; pero la palabra de Dios no está aprisionada. Por esto sufro todas las cosas por amor de los elegidos, para que ellos consigan también la salud que está en Cristo Jesús con la gloria celestial. Pero tú has seguido de cerca mi doctrina, mi modo de vivir, las intenciones, la fe, la longanimidad, la caridad, la paciencia, las persecuciones, los trabajos, como los que me sucedieron en Antioquía, en Liconio y en Listris; las cuales persecuciones yo sufrí, y de todas me libró el Señor. Y todos aquellos que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución.